

Inos BIFFI, *Liturgia: II. I sacramenti, memoria e segni della Salvezza; III/1. Le stagioni della Salvezza: tempo d'Avvento e Natale; III/2. Le stagioni della Salvezza: tempo di Quaresma e di Pasqua*, Roma, Ed. Piemme di Pietro Marietti, 1982-1983, 178+108+168 pp., 13 x 21.

Inos Biffi ha recogido en cuatro volúmenes diversos artículos suyos publicados en periódicos de Italia. En el primero, ya reseñado («Scripta Theologica», 15 (1983) 363 ss.), se recogen los artículos referentes a la liturgia en general; en el segundo los que tienen por tema los sacramentos y en el tercero y cuarto los que hacen referencia al año litúrgico.

No obstante su finalidad primera, los cuatro volúmenes ofrecen gran interés. Juntamente con los temas litúrgicos, que expone con gran maestría, se insertan cuestiones de gran actualidad en el período que ha seguido a la celebración del Concilio Vaticano II. Algunas veces incluye trabajos inéditos.

En el volumen dedicado a los sacramentos, antes de tratar de cada sacramento en particular, expone una preciosa doctrina sobre los sacramentos en general. En primer lugar trata de los sacramentos como actos de Cristo y de la Iglesia. Muy acertadamente considera los sacramentos como actuaciones de la salvación, siguiendo la doctrina enseñada por el Vaticano II en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 6, en la que se nos dice que Cristo no sólo envió a los apóstoles a anunciar el mensaje de salvación que El vino a traer a la tierra, sino también a «realizar» ese mismo mensaje y que esta realización se lleva a cabo por medio del sacrificio eucarístico y de los sacramentos, que son el campo preciso de la liturgia.

Basado en el testimonio de la teología contemporánea, expone el sacramento en su valor de signo, en su referencia con la edificación del Cuerpo de Cristo, en su carácter cultural y santificador, en la dimensión eclesial del mismo y en su eficacia, en la cual se ha de tener también en cuenta la fe de la Iglesia, sin que esto disminuya en nada la virtud de Cristo que se actualiza en ellos, como el mismo Concilio se cuida de recordar. No se trata de meros actos automáticos. Son actos humanos, en los que los participantes ponen lo que les corresponde y, cuando esto no es posible, suple la fe de la Iglesia. La actitud religiosa interior del sujeto del sacramento pertenece a la esencia misma del sacramento fructuoso.

El *opus operatum* ha de ser bien entendido. En el n.º 59 de la *Sacrosanctum Concilium* se dice expresamente «que los sacramentos no sólo suponen la fe, sino que a la vez la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas». Y en el n.º 11 se dice que para asegurar la plena eficacia, «es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano». En esta visual es fácil ver que los sacramentos nos ponen en contacto con el propio Jesucristo, resucitado de entre los muertos, y ello funda nuestra verdadera experiencia cristiana. Por eso la Iglesia es la tradición viva de Cristo, y manifestación real de su presencia en ella. En la vida de la Iglesia los sacramentos son algo primordial. Quien recibe los sacramentos, de modo especial los de la iniciación cristiana, acoge en su plenitud el misterio de Cristo y viene a ser Iglesia con todas sus prerrogativas, que tratará de vivir

y de manifestar. La ilogicidad de algunas actitudes modernas acerca de la jerarquía de la Iglesia, de su función, de su servicio específico que es santificar, regir y enseñar, proviene no pocas veces de una mala inteligencia de la vida sacramental de la Iglesia.

Especial relieve da el autor a los sacramentos como fuente de vida espiritual cristiana. El Concilio Vaticano II ofrece una doctrina preciosa sobre el sentido en que la liturgia es «fuente» y «culmen» de la vida de la Iglesia. Dios tuvo muchos medios para hacer que el hombre caído por el pecado surgiese a la vida y participase en el Reino de Dios. Pero, sapiéntísimamente, quiso ese mundo de signos sagrados en los que se realiza la liturgia, como había querido también la Encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es el modelo de la «*via incarnata*» del plan salvífico de Dios. El Verbo encarnado es el modelo de la Iglesia, sociedad humano-divina, y modelo también de los signos sagrados por los que la Iglesia continúa la obra santificadora de Cristo. Por eso es válida la distinción entre sagrado y profano por una parte y, por otra, la obligatoriedad del rito, en toda su integridad, que dio Cristo a la Iglesia. En esto ha habido una gran confusión, sobre todo en los que veían una oposición entre lo ritual en la iglesia y la expresión del culto en «*espíritu y en verdad*» (Jn 4,24), siendo así que los dos se completan y no se excluyen, pues el culto es ante todo una actitud interior, pero requiere también su manifestación externa, dada la naturaleza del hombre: materia y espíritu.

Esto lleva al autor a tratar de los signos litúrgicos cristianos. Ningún hombre ni entidad puramente humana puede unir a unos signos una realidad sobrenatural: sólo Cristo y la Iglesia pueden hacerlo. Esto es importante tenerlo en cuenta para tratar con gran respeto todo lo que se refiere al signo litúrgico. Por no tener en cuenta esto se han cometido no pocas atrocidades en las celebraciones litúrgicas que, muchas veces, no eran sacrílegas, pues faltaba lo que les había de dar su validez. La pastoral cristiana ha sufrido por esa anarquía de celebraciones, que han llegado hasta cambiar la materia y la forma de los sacramentos. Es cierto que el lenguaje del signo litúrgico requiere una iniciación, una catequesis que la Iglesia ha exigido siempre. Hay aquí un campo inmenso para la pastoral.

No era posible pasar por alto la relación entre vida espiritual y sacramentos. El autor la tiene en cuenta, aunque no es lo más logrado de este libro. Habría debido insistir más en ello en conexión con lo expuesto anteriormente.

Luego trata de los sacramentos en particular, anteponiendo un capítulo sobre los sacramentos de la iniciación cristiana en general. En el tema del bautismo expone las siguientes cuestiones: la comunidad que nace del bautismo; los bautizados en la fe de la Iglesia; y el significado del bautismo de los niños: el primado de la gracia. En el sacramento de la confirmación expone los temas de la tradición oriental y occidental sobre este sacramento y la edad de la confirmación. Dadas las complicaciones de la pastoral actual, el autor no se decide por su adelantamiento o por su dilación a la edad juvenil. Hay que tener en cuenta que este sacramento antes se administraba inmediatamente después del bautismo, como en la actualidad a los que se bautizan a una edad tardía. A esa práctica alude su propio nombre de confirmación. El capítulo de la Eucaristía es el más ex-

tenso y en él expone los temas siguientes: sacramento de la Cruz; aspectos del misterio eucarístico y una catequesis renovada; Eucaristía y Resurrección de Cristo; Eucaristía, medida de la fe; Eucaristía y fidelidad eclesial; Eucaristía y misión de la Iglesia; Eucaristía y originalidad cristiana; Eucaristía y antropología; Eucaristía y Escatología; una lectura del Canon; la Eucaristía complemento de la iniciación cristiana; el culto eucarístico y su valor; y, como apéndice, se presenta a la Eucaristía en el centro de la comunidad y de su misión. Los sacramentos de la penitencia, de la unción de los enfermos, del Orden y del matrimonio se exponen brevemente, resaltando algunas características de tales sacramentos y subrayando aspectos modernos de su teología.

En definitiva no se trata de una obra lógicamente sistematizada, sino de la reunión de artículos que han sido escritos según la necesidad del momento y la inspiración y criterio particulares del autor en cada circunstancia. Así se nota la desproporción inmensa entre el capítulo dedicado a la Eucaristía y todos los demás. Ello no obsta para que haya en este libro muchos aspectos positivos en orden al estudio de los sacramentos. Lástima que el autor, al reunir esos artículos periodísticos en un libro, no los haya ampliado con unas notas adecuadas y cierto aparato científico.

Los otros dos volúmenes (III/1 y III/2) tratan del año litúrgico: el primero lo dedica el autor al Adviento-Navidad y el segundo al Misterio de la Pascua, con su preparación cuaresmal y el pentecostés aleluyático. En el primero precede una exposición muy atinada sobre el año litúrgico en general, que es memoria y presencia de Cristo. Lástima que no haya desarrollado más todo el sentido profundo de estos conceptos tal como se hizo en la *Mediator Dei* de Pío XII y luego en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II. Existe una copiosa bibliografía sobre el año litúrgico, que nos hubiera gustado haber visto reproducida en esas sencillas exposiciones de Inos Biffi. Falta especialmente la doctrina de San León Magno, que, con razón, ha sido llamado el teólogo del año litúrgico. De todos modos hay muchas ideas útiles en los breves párrafos en los que trata de los misterios de Cristo en el año litúrgico, las fiestas de la Virgen María, las fiestas de los santos y los ejercicios piadosos en el año litúrgico, así como el recuerdo litúrgico de Cristo, de la presencia de Cristo en el tiempo de la Iglesia y del alma del año litúrgico que es el Misterio Pascual del Señor.

Sigue un largo capítulo sobre la espiritualidad del Adviento con temas tan sugestivos como: el año de la gracia; pastoral de Adviento e identidad de la Iglesia; en la escuela de los profetas; la salvación que viene de Dios; las dos venidas del Señor; hacia el Reino; Adviento y prudencia cristiana; y la consideración de la Virgen en el período del Adviento. Para el tiempo de Navidad trae las siguientes cuestiones: lo divino entra en la historia humana; la Navidad cristiana; los orígenes de la alegría natalicia; la Navidad de Jesús: verdadero Hombre y verdadero Dios; la identidad cristiana de la Navidad: epifanía de Dios y del hombre; presencia de la Virgen María en el misterio de Navidad; la Epifanía del Señor; el Bautismo de Jesús: imagen del bautismo cristiano.

El otro volumen destinado a la liturgia del Misterio Pascual es de gran valor. En el «itinerario de la Cuaresma», después de una exposición

sobre el tema de Jesucristo y el tiempo, pone de relieve las diversas cuestiones que dan contenido a la Cuaresma, evidenciándolos de modo particular en relación con las grandes y tradicionales páginas del Evangelio según San Juan. Aquí el autor se muestra más acertado que en otras ocasiones, sobre todo al exponer la presencialidad de los misterios del Señor a través de los ritos del año litúrgico, con una evocación muy oportuna de San León Magno. Todo lo referente a la Pascua está muy adecuadamente expuesto. El autor recuerda la doctrina magnífica de la *Mediator Dei* y de la *Sacrosanctum Concilium*.

En este volumen II/2 tiene el autor un capítulo especial sobre la Virgen María en la historia de la salvación. Pienso que se generaliza demasiado al decir que la piedad mariana había desligado a la Virgen María de la economía misma del Salvador. De todos modos, la llamada crisis mariana ha contribuido a profundizar aún más en las grandes maravillas que Dios obró en Ella y que Ella secundó fidelísimamente con su propia colaboración. Esto ha dado un fruto espléndido de piedad mariana litúrgica y extralitúrgica o de religiosidad popular de altísimos valores cristianos, como ha reconocido la *Evangelii nuntiandi* y el Sínodo de Obispos que la precedió. Tanto es así que los «profetas de la desaparición del fenómeno religioso entre los pueblos» han errado con relación a los hechos históricos de nuestros días, en los que se demuestra la persistencia de lo sagrado, precisamente en gran parte por la honda devoción mariana del pueblo. Se comprende que el autor no trate de esto con la detención debida, dado el carácter, ya indicado, de su obra.

M. GARRIDO-BONAÑO